

El diálogo imposible

Por ISIDORO DE FAGOAGA

Cuando Francis Jammes, el eclógico poeta bearnés, atravesaba el Bidasoa para visitar en Fuenterrabía a sus dos hijas mayores, alumnas del colegio de Damas de Saint-Maur, tenía por costumbre almorzar en el hotel Broca, de Hendaya, el mismo que habitaba desde hacía años otro poeta, desterrado y atormentado: Miguel de Unamuno.

La primera vez que ambos hombres se vieron —el primero con sus barbas de fauno orondo y su amplia boina pirenaica, y el segundo con sus “ojos de buho atónito” y su atuendo de clérigo erasmiano— se miraron larga e intensamente, cavilosos e intrigados. Luego, cada uno interrogó a la sirvienta acerca del “otro” y, cuando descubrieron su respectiva identidad, nada hicieron por acercarse ni entablar el más elemental diálogo.

Y era porque entre ellos no podía haber diálogo. Sus vidas eran —como diría Ortega y Gasset— dos circunstancias, dos realidades totalmente distintas, si no contrapuestas.

Y sus orígenes también. El bearnés, durante su juventud epicúrea y sensual, fue un modesto pasante de notaría en Orthez, pequeña ciudad provinciana, y en las horas de asueto corría a los arrabales y a los campos para retozar con las “fembras placenteras” que tanto gustaban al Arcipreste de Hita.

El vasco, por el contrario, tuvo una formación familiar y universitaria casta y estudiosa, y todas sus aspiraciones se cifraron en ganar una cátedra de altos estudios y en consumir un matrimonio de altísimo amor.

Igualmente divergentes fueron sus respectivas trayectorias en las letras. Francis Jammes fue un poeta de inspiración pastoril, a ratos erótica, cuyos temas dominantes fueron el Amor y la Naturaleza. Y ya adelantado en los años, cuando apagado su hervor dionisiaco se convirtió en el patriarca de Hasparren, el tema de

la Religión también. Además, desde que, a raíz de su conversión al catolicismo, optó por el Dios de Claudel, rechazando el turbio sensualismo de su amigo Gide, su religiosidad, siempre un tanto pragmatista, se centró en los ritos tradicionales del ambiente en que vivía; en aquellas laderas virgilianas, siempre verdes, del Pirineo septentrional vasco.

Unamuno, en cambio, vivió zambullido, desde el primer momento, en las corrientes espiritualistas de su tiempo, con la ansiedad y la angustia de quien intenta bucear y bracear en ellas, incansablemente. Su aspiración consistía en oír, ver y sentir cuanto en torno de él acaecía, no como espectador impasible, sino como "sentidor" apasionado de una comunidad de hombres en trance de superación permanente.

El sentimentalismo panteísta de Jammes se volcó en buen número de poemas y novelas que hicieron de él un autor encomiado en los años que precedieron a la primera guerra mundial, en aquella época un tanto arcádica, caldeada en el País Vasco por la prédica entusiasta del Padre Lhande y el romanticismo decadente del *Ramuntcho* de Pierre Loti. Periodo y literatura, especialmente la de Jammes, que contó, entre otros, con la adhesión fervorosa de H. de Regnier, de André Gide y la inesperada de Reiner María Rilke, quienes veían en los poemas del vate pirenaico una ausencia total de complejidad y un amor franciscano por los seres simples que rodean al hombre. Lo prueban aquellas patéticas estrofas consagradas a los asnos, "sus amigos":

*Yo empuñaré mi bastón y me encaminaré
por la ancha ruta para decir a los asnos,
mis amigos: "Yo soy Francis Jammes y voy al paraíso,
pues no hay infierno en el reino del buen Dios."
Y les diré luego: "Venid, dulces amigos del cielo azul,
pobres bestias queridas que con un brusco aletea de vuestras
[orejas
sacadís las moscas, los golpes y las abejas..."*

Y estos cuartetos, entre dos más, dedicados al perro, "otro fiel amigo":

*¡Oh, vulgar compañero del hombre, ser divino,
que el hambre de tu dueño gustoso compartías,
que acompañar supiste el pesado camino
del ángel Rafael y del joven Tobías!*

.....

*Señor, si llega el día que me llevéis, clemente,
a veros, cara a cara, por una eternidad,
haced que mi pobre perro contemple, frente a frente,
a aquel que fue su Dios entre la Humanidad.*

Como en sus *Geórgicas* el vate mantuano, así la musa de Jammes se extasia describiendo en sus *Geórgicas cristianas* los collados de infinitos cambiantes que cada mañana le ofrecía la tierra laburdina que habitaba:

*Dichoso aquel que puede, con aletazo vigoroso,
lanzarse hacia la esfera de los cantos luminosos y serenos*

.....

*El que boga sobre la vida y comprende sin esfuerzo
el lenguaje de las flores y el de las calladas cosas.*

El poeta apartaba con gesto decidido a quienes querían atentar contra la libertad de la Naturaleza, “su bien amada”, y con fervor encendido cantaba:

*Yo no ceñiré el cilicio a mi cintura,
pues es un insulto contra Dios el torturar la carne.
Mi corazón canta a la mujer un Angelus sin fin.
Yo no admiro a las que se cubren con el sayo pardo,
pues ocultar la belleza es insultar a Dios.*

Paul Claudel —“su segundo ángel guardián”, como cariñosamente le apodaba Jammes—, que leyó el poema hallándose en China en misión diplomática, le mandó a su neófito una severa amonestación: “¿Cómo —le escribía—, cómo ha podido usted decir eso de que martirizar la carne es insultar a Dios? No, no puedo perdonarle esa extraña colusión entre el naturalismo y el más superficial espíritu romántico”.

Soslayemos estos deslices, inevitables en un converso del temperamento de Jammes, y convengamos, atendiendo a las re-

producidas y a otras mil estrofas más, que el vate bearnés poseía —como acertadamente señaló André Gide— “la más noble de las audacias: la de la sencillez”. Y la de la sinceridad también. Ambas cualidades son evidentes con solo citar algunos de los títulos de sus obras: *Del Angelus del alba al Angelus de la tarde*, *El poeta y el pájaro*, *Campanas para dos matrimonios*, *Los Robinsones vascos*, *Rosario al Sol*, *El arcoiris de los amores*, *Claridades en el cielo...*

Otro son tienen, y muy distinto, los títulos de los poemas, ensayos y novelas del ex-Rector salmantino: *El espejo de la muerte*, *La agonía del cristianismo*, *Niebla*, *Contra esto y aquello*, *Solidad*, *Del sentimiento trágico de la vida*, *El Cristo de Velázquez...*

Y, además del título, el contenido también. Frente a la poesía flúida y armoniosa del vate bearnés y de la mayoría de los poetas “de pura sensación, esos poetas que tañen sus violines versallescicos y sus caramillos pánicos”, Unamuno levanta su propio cantar, vigoroso, enjuto, de versificación bronca y poco rimada. “No podemos quedarnos —protesta despectivo— en la época de las arias, cavatinas y demás *cantabili* de los tenores donizettiescos; es menester que en versificación como en música se sienta el continuo recitado wagneriano”.

Pero lo más fundamental y permanente de la labor poética unamuniana serán los temas casi exclusivamente filosófico-religiosos. “Yo no siento la filosofía —confesaré— sino poéticamente, ni la poesía sino filosóficamente. Y, ante todo y sobre todo, religiosamente”. Así es; la suya es una poesía meditativa, inquiridora, que busca angustiosamente en la entraña de la vida la revelación de su destino. Este destino le sobrecoge y espanta. Es la muerte. En sus poemas hay estrofas —como muchas de las que componen *El Cristo de Velázquez*— donde hasta cinco veces encontramos citada la palabra “suerte”.

*Que eres Cristo el único
Hombre que sucumbió de pleno grado,
triunfador de la muerte, que a la vida
por Ti quedó encumbrada. Desde entonces
por Ti nos vivifica esa tu muerte,
por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre,
por Ti la muerte es el amparo dulce
que azucara amargores de la vida.*

Siempre sobre el tema de Cristo, pero esta vez refiriéndose al de Santa Clara, en Palencia, vuelve a la reiteración verbal y, obsesivamente, repite por once veces la palabra "tierra":

*...porque él, el Cristo de mi tierra es sólo
tierra, tierra, tierra...
carne que no palpita,
tierra, tierra, tierra, tierra...
cuarones de sangre que no fluye,
tierra, tierra, tierra, tierra...*

De esta tierra "todoparidora y devoradora de hombres", surge la voz suplicante del poeta; un grito más bien, un grito que es, para algunos, alba de esperanza y, para otros, velada afirmación herética:

*Y tú, Cristo del cielo,
redímenos del Cristo de la tierra!*

En su primer libro de versos titulado *Poesías*, publicado allá por 1907, el novel poeta y veterano ensayista se plantea un problema de resonancias calderonianas: el problema del "más allá", que asumirá con el correr de los años una creciente tensión de alucinado dramatismo:

*Nacer fue mi delito,
nacer a la conciencia,
sentir en mí el mar de lo infinito
y amar a los hombres...;
pensar es mi castigo!*

Este castigo que le inflige el pensamiento lo llevará hasta cuando se enfrenta con la Naturaleza: "La tristeza de los campos —se pregunta comentando a Machado—, ¿está en ellos o en nosotros que los contemplamos?". Idéntica preocupación trasuntan sus *Andanzas y visiones españolas*: "Aquellos paisajes que fueron la primera leche de nuestra alma, aquellas montañas, valles o llanuras de que se amamantó nuestro espíritu cuando aún no habla-

ba, todo eso nos acompaña hasta la muerte y forma como el meollo, el tuétano de los huesos del alma misma". Y hasta cuando canta a su rincón nativo, a su Bilbao sietecallera, también entonces le acompañará, implacable, su angustia metafísica:

*Vives en mí, Bilbao de mis ensueños;
sufres en mí, mi villa tormentosa;
tú me hiciste en tu fragua de dolores
y de ansias ávidas.*

Sería, pues, difícil, tras estas y otras mil demostraciones escritas y vividas que podrían aducirse, hallar dos poetas más semejantes que Unamuno y Jammes. Si el uno es encarnación de la Vasconia trágica, el otro, todo gracia y forma, es un espejo de humana emoción, pero espejo al fin. Dos posiciones tan distintas como distantes hicieron que entre ellos no pudiera haber la más elemental afinidad como para entablar una simple charla de sobremesa. Después del almuerzo en el hostel de Hendaya —el de Unamuno frugal y vegetariano y el de Jammes copioso y bien rociado—, aquél resuelto y erguido, se encaminaba hacia los altos de Zubernoia para contemplar, por enésima vez, la ribera opuesta de Bidasoa, su patria prohibida y añorada. En cambio Jammes, posando en torno su mirada contemplativa, se dirigía con paso lento y cansino al embarcadero de Chingudi, cerca de la casa donde vivió y murió su amigo Pierre Loti. para regresar luego, plácido y satisfecho, a su tranquilo retiro de Hasparren.

La misma Muerte —con mayúscula como quería don Miguel— tuvo para ambos dos actitudes contrapuestas. Jammes murió "en olor de serenidad", rodeado y mimado de los suyos, con la inocencia del niño que sabe que su alma va a volar verticalmente al cielo. Mientras que Unamuno, doblado en dos, con su frente caída sobre la mesa del brasero donde ardía una de sus alpagatas, abandonó su espíritu en el marco de una obra copiosa, cuajada de inquietud, dolencia y angustia, una obra pensada y escrita con esas razones que la razón no entiende y que dejan heridas demasiado profundas para que puedan restañarse jamás.

Los restos mortales de Jammes descansan en un camposanto vasco que es un jardín florido en medio de un paisaje riente

de suprema serenidad. En tanto que para el cuerpo yacente de Unamuno sólo existe la tierra amarillenta, seca y dura de Castilla, tierra sobre la cual cada atardecer refulgen los rayos solares con tenaz intensidad antes de abismarse en la oscuridad de una noche friamente estrellada.

El diálogo, pues, entre el poeta bucólico y el pensador existencialista no fue posible, no podía serlo. Lo será, acaso, un día y en otro mundo, en ese mundo al que, —según Maragall— luminosa u oscuramente todos aspiramos: un mundo ideal de suprema armonía.